



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Plaza de la Catedral, 6. 02001. Tifs. Redacción: 967 219311 967 219350. Fax: 967 210781. Administración: 967 210000. Fax: 967 248704. ALICANTE: Avda. Óscar Espiá, 4. 03003 Alicante. Tif. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/. Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tif. 968 50 44 00, FAX: 968 52 86 16. ELICHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tifs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio 'La Verdad'. 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ

La calle nazarena

I

■ **En puertas**, la Semana Santa. Ni la pérdida de muchos fervores religiosos, ni la minivacación de campo o playa, ni el vértigo de la vida actual van a impedir afortunadamente que la muchedumbre de hermandades y cofradías pasionarias, a cuestras parte de nuestra historia del arte y seguidas por el pueblo soberano se echan a la calle para procesionar a sus Cristos y Dolorosas en cortejos que precisamente ahora, contando con las circunstancias arriba nombradas, es cuando vienen a constituirse en auténticas catequesis popular de urgencia.

La calle nazarena. La procesión en marcha para que el ojo vea y el ánimo entienda. ¿Conoce el lector lo que en cierta ocasión escribió Martín Descalzo sobre las procesiones semanasantas? Tome nota: que justamente en ellas aprendió «más teología que en todos los libros de estudio y más Evangelio que en cientos de sermones». Haga suya más de uno esta lección.

Domingo de Ramos, hoy. A partir de mañana, a nuestra mano, los días más hermosos y solemnes del año. Bienvenidos sean.



II

■ **A la mar**, madera, y para el paso o trono procesional, la cera, que no el alumbrado eléctrico, más frío y funcional. Bienvenida sea, pues, la

llama parpadeante, candelita viva, cirio que cumple uno de los más bellos destinos conocidos hasta ahora: morir iluminando cuanto nos rodea.

III

■ **Las palabras**, así dichas, no valen, por ventoleras y presuras barridas. ¿Por qué no cantarlas, entonces? Así fue

como un hombre, al paso de un Cristo o una Virgen tambaleantes en su trono, se decidió a cantar su oración, inventando la saeta. Ahí está hoy, viva y coleando. Nadie se escandalice si, tras escucharla, surge entre los oyentes algún inesperado *olé*, que en esta ocasión *amén* quiere decir.

IV

■ **¡Aquel aguacero** súbitamente desplomado sobre la procesión, haciendo llorar lágrimas de verdad a la Dolorosa, llenando de agua limpia el cantarico de barro que la guapa Samaritana apoya en su redonda cintura de madera!

V



■ **De pequeños milagros** está alfombrada la procesión. Mecido por sus anderos, pasó el Nazareno, la pesada carga del madero, al hombro, aquella que le hizo solicitar al espectador de la procesión, recobrando su fe un día perdida:

—¿Me dejas ser tu Cirineo?

VI

■ **Campana blanca** del lirio o cala, con su badajo amarillo, en espera del toque de gloria en la torre, proclamando la Resurrección.

VII

■ **Tras las hieles** de la Pasión, el júbilo de la Resurrección. Uno mismo

El minicuento de urgencia Vestido para la procesión

A Carlos Valcárcel

Pues, señor, había una vez un huertano para el cual vestirse de nazareno estante la noche del Miércoles Santo constituía la cumbre y coronación de todos los actos del año.

Nacido *colorao*, color de su cofradía, percibía así como una bendición celestial al ocupar, llegada la Semana Santa, su puesto de andero en el paso del Cristo de la Sangre, orgulloso de conocer sobre su propio nombre el peso de Dios.

Y vino a ocurrir, que cumpliéndose así la jornada aciaga, hasta le fecha la más triste de toda la existencia del huertano, hubo un año en que, a causa de una guerra del todo dramática, fratricida que se dice, los *coloraos* no pudieron salir a la calle. Para el hombre el hecho de un Miércoles Santo sin vestirse de nazareno una puñalada traperera —era su expresión personal— venía a constituir, así como suena. Pasar un Miércoles Santo sin cruzar una mirada con la Samaritana o sin saludar al *Berrugo*, una de dos: o él había perdido la cordura o es que, ciertamente, no era Miércoles Santo.

Inquieto, nervioso a flor de piel por medio, no probó bocado en el almuerzo.

—Anda, hombre, prueba este caldo caliente, con su yema, y estas habicas recién cogidas del banal, gloria pura si las acompañas con atún de jía.

No le valieron misericordiosos consejos a la mujer, que vino luego a quedarse del todo

sorprendida al recibir a media tarde la tajante orden:

—¡Venga, saca del arca las vestiduras de la procesión!

Las sacó: túnica, capuz, medias de repizco...

Vestido de nazareno pasó la noche toda, enderezando su andadura por los caminos de la huerta, zancalada va, zancalada viene, escuchando —palabra que sí lo escuchaba!— lo que latido entrañable de la procesión podía llamarse: música de las bandas, murmullo del gentío poblando las calles del itinerario procesional; percibiendo luego los olores de la procesión: ahellies, claveles, rosas a medio abrir, amén del inapreciable aroma del incienso...

Todavía con un escalofrío de felicidad, de deber cumplido, regresó a su casa. Dos años más hubo de repetir la experiencia hasta que, finiquitada la contienda, las procesiones volvieron a salir de la iglesia del Carmen, cerrando así el trío de

imborrables hechos del hombre, aquellos que, de algún modo vinieron a enriquecer la suma de las *batallitas* con destino a ser contadas a sus hijos y nietos, hasta la saciedad repetidas, materia prima de todos los recuerdos de un nazareno *colorao* sus tres noches de Miércoles Santo vestido de nazareno, por la huerta zascandileando.



pintó en cierta ocasión un *Vía Crucis* destinado a una popular iglesia; sólo que, utilizando una lícita trampa clarificadora, no eran catorce estaciones las que lo componían sino una más: ex-libris al óleo, estación catorce bis, centrada en la Resurrección de Cristo, cifra de nuestra fe.

¡Qué hermosa lección de claridades, a su vez, la ofrecida tan sólo hace unos días por Miguel Ángel Cuevas Aldasoro en su espléndido pregón de la Semana Santa minera de La Unión, disertación que el pregonero vino a cerrar con la palabra o desenlace triunfal del *Vía Crucis*, clave del creyente que, mañana de la Resurrección, encuentra en el sepulcro vacío de Cristo, la Vida, vocablo con mayúscula

escrito, por favor, amigos componedores de esta página!



VIII

■ **Verónica**. Entre sus dedos de madera policromada, el peso de su Faz, bandera de sangre al viento de los siglos. El fino lino, corales empapando. Granada carmesí en paños florecida. Una pregunta, Viernes Santo por medio: ¿cómo era, mujer, su rostro verdadero al sol de la mañana?